

lección que "entraña a su vez un criterio estético" para lo cual exigió de los artistas "un mínimo de calidad estética en su obra". Y por lo que respecta a las noticias sobre los ciento veinticuatro pintores reunidos —edad, formación, exposiciones, obras— todo hábilmente lo compendió como el caso lo requería; empero no faltarán malentendidos que vean minucias de más o de menos.

La aparición de esta *Antología de Pintores Mexicanos* no podía ser más oportuna, puesto que en estos días celébrase aquí la Primera Bienal de Pintura y Grabado, en la cual están frente a la nuestra,

otras maneras de ver la vida y otras sensibilidades artísticas.

Una última observación sobre esta *Antología* pulcramente editada; en ella se incluye a pintores extranjeros residentes aquí considerándolos como mexicanos, lo que no sucedió, por cierto, con la Bienal. El propio autor nos da la razón de ello: "Hemos considerado tanto a los artistas nacidos en México como a aquellos otros que, extranjeros de origen, se han nacionalizado o han producido la mayor parte de su obra identificados emotiva y artísticamente con este país."

X. M.

# A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

## ACTITUD DE HROSVITHA

DE LOS DIVERSOS móviles que haya podido abrigar Hrosvitha, la monja alemana del siglo x, al escribir su carta "a algunos sapientes protectores de este libro", existe desde luego uno que predomina sobre los restantes.

Buscó probablemente, con esa carta, algo que equivaldría para ella al amparo, la protección que el escritor desea para su obra: la generosidad de Mecenas había sido el precedente, invocado más tarde, en los días del Renacimiento.

Pero al colocar ese libro "bajo su égida" —según dirán, pensando en las divinidades griegas, los autores que vengan después—, no sólo piensa Hrosvitha en que, al salir a luz, su obra quede a cubierto de posibles ataques.

Su estado, la condición de humilde religiosa en que vivía, dentro de la comunidad germana, la impulsa a rebajar conscientemente los méritos que pueda haber en sus escritos, y que ella simula ignorar, a ratos.

De seguro no procede así por falsa modestia. Si se ha esforzado en pasar casi inadvertida, según dice, no lo hace únicamente llevada por el afán cristiano de disminuir su propio valer, de empujarse y humillarse.

La monja que escribe poemas y obras dramáticas —de igual modo que Sor Juana Inés de la Cruz lo hará en la Nueva España, transcurridos unos seis siglos—, no desea quizá asumir, sin defensa, posición tan destacada en su tiempo.

Hrosvitha comprende, por la situación, en que se halla, la actitud que le corresponde adoptar dentro de su orden. Si, con aparente contradicción, se llama "la voz descollante en Gandersheim", es porque advierte el papel que le ha tocado representar allí.

La circunstancia de que su voz descuelle sobre las restantes de la comunidad a la cual pertenece, es un grave compromiso para aquella monja singular a quien todos escuchan cuando habla, o leen cuando escribe.

Ocupa un sitio privilegiado en aquella congregación, y no olvida que sólo así podrá seguir siendo la más destacada voz que los demás perciban, dentro de aquel conjunto de mujeres del que ella forma parte.

Su fina percepción le advierte el peligro al cual se expondría ella y expondría

a su comunidad, si acaso olvidara su condición femenina, al sobresalir del grupo de monjas; si tratara de alcanzar alturas superiores.

El hecho de que Hrosvitha haya constituido una excepción, dentro de su ambiente, en aquella época, parece demostrar que los días medievales no eran propicios para que un talento de mujer se destacara en aquel medio.

Las tareas de pluma —fuera del sencillo trabajo de copista, que contribuía a multiplicar los ejemplares de las obras predilectas—, parecían reservadas únicamente a los varones.



Hrosvitha — "sus sapientes protectores"

Si en alguna actividad literaria se habían distinguido antes, y se distinguirán después, algunas mujeres de las que visten hábito, esa actividad era la epistolar o se relacionaba con interpretaciones de las sagradas escrituras, preferentemente.

Sólo por excepción figuraba, entre las costumbres del medioevo, la de que una mujer se distinguiese en el campo del arte, fuera del canto y la música sacras; pues no se menciona, por ejemplo, a las pintoras, ni aun por los cuadros de asunto religioso.

En cuanto a las bellas letras, el cultivo de la literatura y, especialmente, la poesía con temas profanos, cualquier antecedente femenino hubiera tenido que buscarse entre las poetisas paganas.

Hrosvitha, cuando se inició en la poesía, pudo conciliar su afición con el hábito que llevaba y con la comunidad de la cual formó parte, al elegir con acierto la temática de sus poemas.

Sus poesías, de entonación épica, estaban destinadas a celebrar a los santos; a recordar acontecimientos históricos, relacionados con el Imperio Germánico y a honrar la institución que le había abierto sus puertas.

Son esos últimos cantos, incluidos en el tercer tomo de sus obras, los titulados *Gesta Ottonis* y *Primordia coenobii Gandersheimensis*, en los que respectivamente exalta a Othón I, y evoca la fundación del convento, por el Duque de Sajonia Liudulfo, al mediar el siglo ix.

El territorio que dentro de la distribución de los llamados géneros literarios corresponde a la poesía dramática, no había sido explorado ni menos aún explotado, desde la antigüedad greco-romana, por mujer alguna.

Hrosvitha aparece, como se ha dicho, en algunas de las historias de literatura universal —y Jaime García Terrés lo recordó aquí oportunamente en su "Feria de los Días"— situada en una eminencia.

Es "la primera mujer poeta al norte del Mediterráneo y el segundo poeta (a secas, sin distinción de género)" en Alemania; y esa posición de mujer solitaria, en vez de restarle mérito, aumenta su responsabilidad y la importancia de su obra.

En un medio y una época en que está vedado a la mujer el acceso al ambiente en que se desarrollan las actividades relacionadas con la interpretación de obras dramáticas —olvidados, a excepción de Terencio, los clásicos latinos—, aun dentro de los asuntos sacros, Hrosvitha escribe sus obras.

La monja de Gandersheim se atreve a irrumpir en ese medio, que no está preparado para recibirla; penetra de pronto, con obras originales, dentro del primitivo teatro medieval, cuyo titubeante curso no llegaba aún a los *milagros* y *misterios*.

Y entra en ese coto prohibido, en busca de caza mayor: va, como innovadora, a imitar a Terencio —el comediógrafo preferido no solamente por ella—, aunque tome en cuenta la distancia que lo separa de aquél, y sepa guardarla.

Hrosvitha va a seguir de cerca los pasos del modelo elegido, al recorrer —según advierte— los meandros de aquel "mismo género de composiciones con que los antiguos representaban el torpe impudor de mujeres desvergonzadas".

A pesar suyo —lo confiesa con rubor—, obligada por la naturaleza de su obra, tendrá que someter su espíritu y su estilo "a describir la deplorable locura de las almas abandonadas a los ilícitos amores y la dulzura engañosa de los coloquios a los cuales [ella] no se ha permitido nunca prestar oído".

Por esa razón, después de haber puesto a salvo su prestigio, para que no se empañe con cualquier sospecha la blancura de la vida monástica, aún escribirá esa carta dedicada a "algunos sapientes protectores de este libro", con la que buscará amparo y seguridad para sus dramas y comedias.